

TIEMPO ORDINARIO
31ª Semana

Todos los Santos

Ap 7,2-4.9-14 1Jn 3,1-3 Mt 5,1-12

Hace años una revista instituyó el premio "Buena Gente" para premiar a los que se habían distinguido por eso, por ser buena gente. Quizá sea una buena manera de definir a los santos. Además de los que Roma declara como tales, santos son toda la buena gente que hay en el mundo. Más allá de las fronteras de nuestra Iglesia Católica, por supuesto. Hay muchos, y en cuanto se abre un poco los ojos, se los encuentra por doquier. Son personas que viven honestamente, que procuran ayudar y construir más que destruir, que luchan por la justicia, que llevan la paz porque han puesto su confianza en Dios y creen que este mundo es un lugar para el amor y no para el odio.

Jesús, al ver toda aquella muchedumbre, subió al monte. Se sentó y sus discípulos se reunieron a su alrededor. Entonces comenzó a hablar y les enseñaba diciendo: "Felices los que tienen el espíritu del pobre, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Felices los que lloran, porque recibirán consuelo. Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Felices los compasivos, porque obtendrán misericordia. Felices los de corazón limpio, porque verán a Dios.

Felices los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como hijos de Dios.

Felices los que son perseguidos por causa del bien, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Felices ustedes, cuando por causa mía los insulten, los persigan y les levanten toda clase de calumnias. Alegrarse y muéstrense contentos, porque será grande la recompensa que recibirán en el cielo. Pues bien saben que así persiguieron a los profetas que vivieron antes de ustedes."

TIEMPO ORDINARIO
31ª Semana

Fieles Difuntos

Is 25,6.7-9 1Cor 15,20-28 Lc 7,11-17

Celebrar a nuestros difuntos es celebrar nuestra propia muerte. Porque, cuando ellos han muerto, se nos ha muerto algo nuestro. Con ellos se nos fue de la vida mucho de amor, de relación, de vida compartida, de trabajos mano a mano, de amistad, de charlas y juegas, de dolor. Con ellos se nos va algo de todo eso que conforma la vida. Lo perdemos. Y en su lugar se nos queda el vacío. Pero es un vacío doloroso. Como a aquel a quien le han amputado un brazo y todavía siente dolor en la mano. Por eso es justo, recordarlos, hacer memoria, orar por ellos y con ellos. Porque en Jesús creemos que están vivos. Aunque nos duela su ausencia.

Jesús se dirigió a una ciudad llamada Nain, acompañado de los discípulos y de una gran multitud. Justo cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a un muerto, hijo único de una viuda; la acompañaba un grupo considerable de vecinos.

Al verla, sintió compasión y le dijo: "No llores." Se acercó, tocó el féretro, y los portadores se detuvieron. Entonces dijo: "Muchacho, yo te lo ordeno, levántate." El muerto se incorporó y empezó a hablar. Jesús se lo entregó a su madre.

Todos quedaron sobrecogidos y daban gloria a Dios diciendo: "Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios se ha ocupado de su pueblo." La noticia de lo que había hecho se divulgó por toda la comarca y por Judea.

TIEMPO ORDINARIO
31ª Semana

San Martín de Porres

Fil 2,12-18 Lc 14,25-33

La verdad es que el rey tenía que sentarse para pensar y hacer los cálculos antes de hacer la torre. No es fácil hacer un presupuesto. Hay que tener en cuenta muchos datos. Pero para seguir a Jesús no hay más que una condición: dejarlo todo. Esa cuenta es fácil de hacer. Dejarlo todo, ponerlo todo en común, no considerar nada como propio, vivir abierto a la relación, a la sorpresa. Todo son formas de decir lo mismo. Seguir a Jesús es vivir con el corazón abierto para que nos lo ocupe el vecino del quinto, el inmigrante de la esquina, el enfermo del hospital. Todos ellos son Jesús que nos llama a seguirlo y amarlo.

Caminaba con Jesús un gran gentío. Se volvió hacia ellos y les dijo: "Si alguno quiere venir a mí y no se desprende de su padre y madre, de su mujer e hijos, de sus hermanos y hermanas, e incluso de su propia persona, no puede ser discípulo mío. El que no carga con su propia cruz para seguirme luego, no puede ser discípulo mío."

Cuando uno de ustedes quiere construir una casa en el campo, ¿no comienza por sentarse y hacer las cuentas, para ver si tiene para terminarla? Porque si pone los cimientos y después no puede acabar la obra, todos los que lo vean se burlarán de él, diciendo: ¡Ese hombre comenzó a edificar y no fue capaz de terminar!

Y cuando un rey parte a pelear contra otro rey, ¿no se sienta antes para pensarlo bien? ¿Podrá con sus diez mil hombres hacer frente al otro que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, envía mensajeros mientras el otro está aún lejos para llegar a un arreglo. Esto vale para ustedes: el que no renuncia a todo lo que tiene, no podrá ser discípulo mío."

TIEMPO ORDINARIO
31ª Semana

San Carlos Borromeo

Fil 3,3-8 Lc 15,1-10

Los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo. Por esto los fariseos y los maestros de la Ley lo criticaban entre sí: "Este hombre da buena acogida a los pecadores y come con ellos." Entonces Jesús les dijo esta parábola:

"Si alguno de ustedes pierde una oveja de las cien que tiene, ¿no deja las otras noventa y nueve en el desierto y se va en busca de la que se le perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la carga muy feliz sobre los hombros, y al llegar a su casa reúne a los amigos y vecinos y les dice: «Alégrese conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido.» Yo les digo que de igual modo habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que vuelve a Dios que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse."

Y si una mujer pierde una moneda de las diez que tiene, ¿no enciende una lámpara, barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y apenas la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas y les dice: «Alégrese conmigo, porque hallé la moneda que se me había perdido.» De igual manera, yo se lo digo, hay alegría entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte."

Frente a los que dicen que "en el medio está la virtud", Jesús propone la exageración, la radicalidad, llegar hasta el final sin tener en cuenta las consecuencias. El evangelio de hoy nos propone vivir así la misericordia, la compasión. ¿Hacia quién? Hacia los pecadores, hacia los malos, hacia los que nadie quiere. Para Jesús rescatar a uno de ellos para la familia de Dios, o lo que es lo mismo, para la relación humana, es más importante que cualquier otra cosa que podamos o debamos hacer. Por esa razón hay que dejarlo todo. Todo. ¿Es exagerado? Quizá, pero por quitarle exageración hemos dejado el Evangelio más chato que una bombilla.

Como decía un amigo mío, los números son dóciles, lo difícil es tratar con las personas. El administrador de la parábola de Jesús lo sabía. No tuvo ningún problema en arreglar los números para presentar el balance de su gestión. Pero tuvo mucho cuidado en tratar bien a las personas. Se trataba de hacerse de amigos, cuando parecía que el futuro se le presentaba sombrío y difícil. El administrador supo lo que tenía que hacer en un momento de dificultad. Por eso, Jesús nos lo ofrece como ejemplo y dirige la mirada a nosotros. ¿Nos damos cuenta de que es hoy cuando tenemos que responder al Evangelio? ¿Qué vamos a hacer?

Jesús dijo a sus discípulos: “Había un hombre rico que tenía un administrador, y le vinieron a decir que estaba malgastando sus bienes. Lo mandó llamar y le dijo: «¿Qué oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no continuarás en ese cargo.»

El administrador se dijo: «¿Qué voy a hacer ahora que mi patrón me despide de mi empleo? Para trabajar la tierra no tengo fuerzas, y pedir limosna me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me quiten el cargo, tenga gente que me reciba en su casa.»

Llamó uno por uno a los que tenían deudas con su patrón, y dijo al primero: «¿Cuánto debes a mi patrón?» Le contestó: «Cien barriles de aceite.» Le dijo el administrador: «Toma tu recibo, siéntate y escribe en seguida cincuenta.» Después dijo a otro: «Y tú, ¿cuánto le debes?» Contestó: «Cuatrocientos quintales de trigo.» Entonces le dijo: «Toma tu recibo y escribe trescientos.» El patrón admiró la manera tan inteligente de actuar de ese administrador que lo estafaba. Pues es cierto que los hijos de este mundo sacan más provecho de sus relaciones sociales que los hijos de la luz.”

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos: “Utilicen el sucio mamón para hacerse amigos, para que cuando les llegue a faltar, los reciban a ustedes en las viviendas eternas.

El que ha sido digno de confianza en cosas sin importancia, será digno de confianza también en las importantes; y el que no ha sido honrado en las cosas mínimas, tampoco será honrado en las cosas importantes. Por lo tanto, si ustedes no han sido dignos de confianza en manejar el sucio mamón, ¿quién les va a confiar los bienes verdaderos? Y si no se han mostrado dignos de confianza con cosas ajenas, ¿quién les confiará los bienes que son realmente nuestros?

Ningún siervo puede servir a dos patrones, porque necesariamente odiará a uno y amará al otro o bien será fiel a uno y despreciará al otro. Ustedes no pueden servir al mismo tiempo a Dios y a Mamón.”

Los fariseos escuchaban todo esto, pero se burlaban de Jesús porque eran personas apegadas al dinero. Él les dijo: “Ustedes aparentan ser gente perfecta, pero Dios conoce los corazones, y lo que los hombres tienen por grande lo aborrece Dios.”

Según Jesús, el dinero está para ganar amigos. Así tendremos a alguien que nos reciba en las moradas eternas. Dicho de otra manera, se confirma lo que Jesús dice repetidas veces: lo que hacemos a las personas se lo hacemos a Dios. Adorar a Dios ya no es irse a un templo y postrarse. Adorar a Dios es promover la fraternidad, la amistad, la solidaridad. En palabras de Jesús: hacer amigos. La puerta del cielo no se abrirá merced a los millones o méritos que tengamos acumulados. Nos la abrirán desde dentro los amigos que nos hayamos hecho en la vida. Ese es el verdadero culto a Dios: promover la justicia y la fraternidad.

El hombre ha querido siempre saber sobre su futuro. Es su forma de intentar dominar y controlar algo que, por desconocido, nos da miedo. Pero Jesús nos habla del futuro de un modo diferente. Dios no es Dios de muertos sino de vivos. Es el Dios de la vida y no hay más remedio, ni más posibilidad de control, que confiar en él. El futuro es desconocido. No sabemos lo que sucederá en concreto. Pero confiamos, creemos, que estará dominado por la presencia amorosa de Dios, que es el creador de la vida, que ama la vida y que nos ama a nosotros como sus hijos e hijas. Es tiempo de dejarnos de elucubraciones inútiles y confiar un poco más.



2Mac 7,1-2,9-14 En aquellos días, fueron detenidos siete hermanos con su madre, y el rey quiso obligarlos, haciéndoles azotar con correas de cuero, a comer carne de cerdo prohibida por la Ley. Uno de ellos tomó la palabra en nombre de todos y dijo: “¿Qué exiges y qué quieres saber de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que desobedecer a la Ley de nuestros padres”. En el momento de dar su último suspiro dijo: “¡No eres más que un criminal! Nos quitas la vida presente, pero el Rey del Universo nos resucitará a una vida eterna a nosotros que morimos por fidelidad a sus leyes”.

Hermanos: Que los anime el propio Cristo Jesús, nuestro Señor, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado dándonos en su misericordia un consuelo eterno y una esperanza feliz. El les dará el consuelo interior y los hará progresar en todo bien de palabra o de obra.

Que el Señor fije sus corazones en el amor a Dios y la perseverancia de Cristo.

2Tes 2,16-3-5

Lc 20,27,34-38 Se acercaron a Jesús algunos saduceos. Esta gente niega que haya resurrección (...)
Jesús les respondió: “Los hombres y mujeres de este mundo se casan, pero los que sean juzgados dignos de entrar en el otro mundo y de resucitar de entre los muertos, ya no toman marido ni esposa. Además ya no pueden morir, sino que son como ángeles. Son también hijos de Dios, por haber nacido de la resurrección.

En cuanto a saber si los muertos resucitan, el mismo Moisés lo dio a entender en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor: Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Él no es Dios de muertos, sino de vivos, y todos viven por él.”

El escándalo a los pequeños, el perdón y la fe: Tres pequeñas catequesis de Jesús que nos llevan una vez más al corazón del mensaje: la fraternidad basada en la fe en Dios, el Padre de todos los vivientes. Esa paternidad nos hace hermanos y hermanas más allá de cualquier otra distinción: pasaporte, lengua, religión, cultura, raza... Por eso hay que cuidar a los pequeños, ayudarlos a crecer y no hacerles mal. Por eso hay que perdonar sin medida porque un hermano no deja de serlo por mucho que nos haya ofendido. Por eso hay que pedir a Dios que nos aumente la fe porque entonces esa fraternidad se hará realidad entre nosotros.

Dijo Jesús a sus discípulos: "Es imposible que no haya escándalos y caídas, pero ¡pobre del que hace caer a los demás! Mejor sería que lo arrojaran al mar con una piedra de molino atada al cuello, antes que hacer caer a uno de estos pequeños. Cuidense ustedes mismos.

Si tu hermano te ofende, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Si te ofende siete veces al día y otras tantas vuelve arrepentido y te dice: "Lo siento", perdónalo." Los apóstoles dijeron al Señor: "Auméntanos la fe." El Señor respondió: "Si ustedes tienen un poco de fe, no más grande que un granito de mostaza, dirán a ese árbol: «Arráncate y plántate en el mar,» y el árbol les obedecerá."

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados detrás de sus mesas. Hizo un látigo con cuerdas y los echó a todos fuera del Templo junto con las ovejas y bueyes; derribó las mesas de los cambistas y desparramó el dinero por el suelo. A los que vendían palomas les dijo: "Saquen eso de aquí y no conviertan la Casa de mi Padre en un mercado."

Sus discípulos se acordaron de lo que dice la Escritura: "Me devora el celo por tu Casa."

Los judíos intervinieron: "¿Qué señal milagrosa nos muestras para justificar lo que haces?" Jesús respondió: "¡Destruyan este templo, que yo lo levantaré en tres días!" Ellos contestaron: "Han demorado ya cuarenta y seis años en la construcción de este templo, y ¿tú piensas levantarlo en tres días?" En realidad, Jesús hablaba de ese Templo que es su cuerpo. Solamente cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que lo había dicho y creyeron tanto en la Escritura como en lo que Jesús dijo.

La tentación habitual de los sacerdotes de cualquier religión es la de usar su puesto para su propio servicio, para controlar y dominar la comunidad. Jesús rompe con esa tendencia. La religión no puede ser lugar de poder sino de servicio. Por eso no tiene empacho en utilizar la violencia para echar a los que habían convertido el Templo en un mercado. Hoy tendríamos que mantener esta misma actitud, sin miedo, para que en la Iglesia los que tienen alguna responsabilidad la vivan como un servicio. Hoy nos toca seguir luchando contra la tentación del dominio y del poder que todavía está presente en la comunidad. Con radicalidad, como Jesús lo hizo.

En este evangelio se hace una interesante distinción entre la curación y la salvación. Todos quedaron curados de su lepra. Pero parece ser que sólo uno quedó salvado. Y fue por su fe. ¿En qué se manifestó esa fe? En la acción de gracias. Nada más. Lo único que hizo el leproso curado y salvado fue volver para dar gracias a Jesús y alabar a Dios. A esa actitud es a lo que Jesús llama fe. Y eso es lo que salva. Para nosotros queda una llamada de atención: sería bueno que frecuentásemos más a menudo la acción de gracias por las muchas cosas buenas que nos pasan en la vida. Porque ahí es donde se revela nuestra fe.

De camino a Jerusalén, Jesús pasaba por los confines entre Samaría y Galilea, y al entrar en un pueblo, le salieron al encuentro diez leprosos. Se detuvieron a cierta distancia y gritaban: "Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros." Jesús les dijo: "Vayan y preséntense a los sacerdotes."

Mientras iban quedaron sanos. Uno de ellos, al verse sano, volvió de inmediato alabando a Dios en alta voz, y se echó a los pies de Jesús con el rostro en tierra, dándole las gracias. Era un samaritano.

Jesús entonces preguntó: "¿No han sido sanados los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿Así que ninguno volvió a glorificar a Dios fuera de este extranjero?" Y Jesús le dijo: "Levántate y vete; tu fe te ha salvado."

Los fariseos preguntaron a Jesús: "¿Cuándo llegará el Reino de Dios?" Les contestó: "La venida del Reino de Dios no es cosa que se pueda verificar. No van a decir: «Está aquí, o está allá.» Y sepan que el Reino de Dios está en medio de ustedes."

Jesús dijo además a sus discípulos: "Llegará un tiempo en que ustedes desearán ver alguna de las manifestaciones del Hijo del Hombre, pero no la verán. Entonces les dirán: «Está aquí, está allá.» No vayan, no corran. En efecto, como el fulgor del relámpago rasga el cielo desde un extremo hasta el otro, así sucederá con el Hijo del Hombre cuando llegue su día. Pero antes tiene que sufrir mucho y ser rechazado por esa gente."

¿Es un misterio el Reino de Dios? No. Basta con cambiar los ojos con que miramos habitualmente la realidad para darnos cuenta de que está presente entre nosotros. El Reino es Dios mismo que se hace vida diaria en la vida de muchas personas que trabajan por hacer mejor este mundo, porque la justicia se haga realidad, porque haya menos soledad, porque las personas sean más felices. Una sonrisa es ya Reino pero también la firma de un tratado de paz entre dos naciones. El Reino ya está aquí, presente. A veces sufriendo los dolores del parto, a veces gozando la alegría de la nueva vida, pero siempre presente.

No todos los días son extraordinarios pero hay que estar preparados para cuando llegan. Dicho de otra manera, cuando la ciudad está en llamas no podemos seguir la rutina de cada día: levantarnos, comprar el pan, desayunar, ir al trabajo, etc. Ser cristiano es algo que podemos y debemos hacer en nuestra vida ordinaria, en la rutina de cada día. Pero hay tiempos y momentos —cada uno sabe de los suyos—, en que se nos piden respuestas extraordinarias. En que no podemos pretender mantener la rutina. Porque situaciones extraordinarias exigen respuestas extraordinarias. Y en esos momentos debemos dar lo mejor como cristianos.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “En los días del Hijo del Hombre sucederá lo mismo que en tiempos de Noé: la gente comía, bebía, y se casaban hombres y mujeres, hasta el día en que Noé entró en el arca y vino el diluvio, que los hizo perecer a todos. Ocurrirá lo mismo que en tiempos de Lot: la gente comía y bebía, compraba y vendía, plantaba y edificaba. Pero el día que salió Lot de Sodoma cayó del cielo una lluvia de fuego y azufre que los mató a todos. Lo mismo sucederá el día en que se manifieste el Hijo del Hombre.

Aquel día, el que esté en la terraza, que no baje a buscar sus cosas al interior de la casa; y el que esté en el campo, que no se vuelva atrás. Acuérdense de la mujer de Lot. El que intente guardar su vida la perderá, pero el que la entregue, la hará nacer a nueva vida.

Yo les declaro que aquella noche, de dos personas que estén durmiendo en una misma cama, una será llevada y la otra dejada; dos mujeres estarán moliendo juntas, pero una será llevada y la otra dejada.”

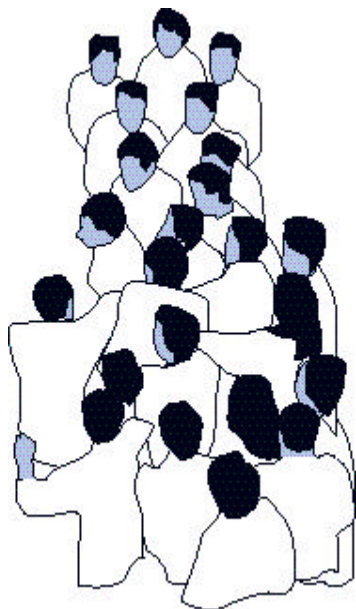
Entonces preguntaron a Jesús: “¿Dónde sucederá eso, Señor?” Y él respondió: “Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los buitres.”

Jesús les mostró a los discípulos con un ejemplo que debían orar siempre, sin desanimarse jamás: “En una ciudad había un juez que no temía a Dios ni le importaba la gente. En la misma ciudad había también una viuda que acudía a él para decirle: ‘Hazme justicia contra mi adversario.’ Durante bastante tiempo el juez no le hizo caso, pero al final pensó: ‘Es cierto que no temo a Dios y no me importa la gente, pero esta viuda ya me molesta tanto que le voy a hacer justicia; de lo contrario acabaré rompiéndome la cabeza.’”

Y el Señor dijo: “¿Se han fijado en las palabras de este juez malo? ¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos si claman a él día y noche, mientras él deja que esperen? Yo les aseguro que les hará justicia, y lo hará pronto. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?”

Parece que ya en tiempos de Jesús a los jueces les costaba hacer justicia y, cuando lo hacían, no siempre era movidos por razones puras. Hoy seguimos a veces experimentando lo mismo. Pues Jesús se sirve de una comparación tan extrema para hablarnos de cómo Dios hará justicia a sus hijos. Si hasta el juez injusto es capaz de atender las razones de los pobres, ¿qué no hará Dios, que es padre y que ama a sus hijos e hijas? En Dios podemos confiar. Él no nos fallará. Pero Jesús, al final, deja caer una pregunta que nos debe hacer examinarnos: “¿Habrás fe en esta tierra?”. En otras palabras, ¿creemos de verdad que Dios es nuestra justicia?

Lo malo de todo lo que se construye con piedra es que termina cayéndose. Tarde o temprano. Es cuestión de un terremoto, una guerra o, simplemente, el tiempo. Pero, cuando Jesús nos dice que “ni siquiera un cabello se les caerá de la cabeza”, nos da una pista. Hay algo que podemos construir y que permanece para siempre: la comunidad de las personas, el amor, la relación. Todo eso permanece. Por eso la comunidad cristiana no vale por el tamaño o la majestuosidad de la iglesia en que celebra. Su valor reside en la unión de los corazones, en la fe, en la capacidad de amor y de servicio. Eso permanece para siempre. Porque es vida de Dios.



Mal 3,19-20
2Tes 3,7-12

Ya saben cómo tienen que imitarnos, pues no vivimos sin control ni regla mientras estuvimos entre ustedes. No pedimos a nadie un pan que no hubiéramos ganado, sino que trabajamos duramente noche y día hasta cansarnos para no ser una carga para ninguno. Teníamos, por supuesto, el derecho de actuar en otra forma, pero quisimos ser para ustedes un modelo que imitar. Además, cuando estábamos con ustedes les dijimos claramente: el que no quiera trabajar, que tampoco coma. Pero ahora hemos oído que hay entre ustedes algunos que viven sin control ni regla y no hacen nada, muy ocupados en meterse en todo. A éstos les mandamos y les rogamos, por Cristo Jesús, nuestro Señor, que trabajen en paz y se ganen el pan que comen.

Lc 21,5-19
A unos que elogiaban las hermosas piedras del templo y la belleza de su ornamentación Jesús les dijo: “Llegará un día en que todo lo que ustedes contemplan será derribado sin dejar piedra sobre piedra.” Le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo sucederá eso y cuál es la señal de que está para suceder?” Respondió: “¡Cuidado, no se dejen engañar! Porque muchos se presentarán en mi nombre diciendo: «Yo soy; ha llegado la hora.» No vayan tras ellos. Cuando oigan hablar de guerras y revoluciones, no tengan pánico. Primero ha de suceder todo eso; pero el fin no llega en seguida.” Entonces les dijo: “Se alzará pueblo contra pueblo, reino contra reino; habrá grandes terremotos, en diversas regiones habrá hambres y pestes, y en el cielo señales grandes y terribles.

Pero antes de todo eso los detendrán, los perseguirán, los llevarán a las sinagogas y las cárceles, los conducirán ante reyes y magistrados por mi nombre, y así tendrán la oportunidad de dar testimonio de mí. Háganse el propósito de no preparar su defensa; yo les daré una elocuencia y una prudencia que ningún adversario podrá resistir ni refutar. Hasta sus padres y hermanos, parientes y amigos los entregarán y algunos de ustedes serán ajusticiados; y todos los odiarán a causa de mi nombre. Sin embargo no se perderá ni un pelo de su cabeza. Gracias a la constancia salvarán sus vidas.”

Es un texto que ya ha sido comentado mil veces. No hay nada nuevo que descubrir en él sino maravillarse de que, de una manera tan sencilla, el evangelista nos haya retratado a todos, ciegos a la vera del camino, y haya contado en una historia el encuentro que hace saltar la chispa de la fe. Es el encuentro entre el que está en la oscuridad y el que es la luz. Es el encuentro entre el que está marginado, parado a un lado del camino, fuera del río de la vida y lejos del que es la Vida misma. Bartimeo somos todos. A veces somos capaces de gritar como él, pero luego nos falta el valor para pedirle con fe: "Señor, que vea otra vez".

Ya cerca de Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba mucha gente, preguntó qué era aquello, y le dieron la noticia: "¡Es Jesús, el nazoreo, que pasa por aquí!" Entonces empezó a gritar: "¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!" Los que iban delante le levantaron la voz para que se callara, pero él gritaba con más fuerza: "¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!"

Jesús se detuvo y ordenó que se lo trajeran, y cuando tuvo al ciego cerca le preguntó: "¿Qué quieres que haga por tí?" Le respondió: "Señor, haz que vea." Jesús le dijo: "Recobra la vista, tu fe te ha salvado." Al instante el ciego pudo ver. El hombre seguía a Jesús glorificando a Dios, y toda la gente que lo presencié también bendecía a Dios.

Habiendo entrado Jesús en Jericó, atravesaba la ciudad. Había allí un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los cobradores del impuesto y muy rico. Quería ver cómo era Jesús, pero no lo conseguía en medio de tanta gente, pues era de baja estatura. Entonces se adelantó corriendo y se subió a un árbol para verlo cuando pasara por allí. Cuando llegó Jesús al lugar, miró hacia arriba y le dijo: "Zaqueo, baja en seguida, pues hoy tengo que quedarme en tu casa." Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría.

Entonces todos empezaron a criticar y a decir: "Se ha ido a casa de un rico que es un pecador." Pero Zaqueo dijo resueltamente a Jesús: "Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y a quien le haya sacado algo injustamente le devolveré cuatro veces más." Jesús, pues, dijo con respecto a él: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también este hombre es un hijo de Abrahán. El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar a lo que estaba perdido."

Probablemente Zaqueo se había dado cuenta de que lo mejor de la vida no se compra con dinero. Era rico pero debía sentirse aislado en aquel pueblo. De hecho, en cuanto Jesús entró en su casa, todos murmuraban (el evangelio dice así: "todos") que había entrado en casa de un pecador. Claro, no tenía muchas amistades en el pueblo. Quizá por eso se había tenido que subir al árbol para ver a Jesús. Porque, además de ser bajo, nadie le quería ceder el primer lugar. Por eso, sin duda, se alegró tanto cuando Jesús eligió su casa para alojarse. Y se le abrió la mente. Se dio cuenta de que era mejor renunciar a la riqueza y vivir en fraternidad.

Es de esperar que algún día dejemos de quejarnos y miremos con agradecimiento lo mucho, muchísimo, que se nos ha regalado en esta vida. Porque a veces se nos pasan los días en tristezas y envidias pensando en lo que no tenemos, en lo que podríamos haber sido o hecho. ¡Cuántas oportunidades perdidas! Y dejamos escapar los minutos y las horas que son nuestro mayor tesoro, los tesoros que el Señor nos ha regalado. Los enterramos sin producir más que suspiros y penas. Levanta la cabeza. Tienes la vida que Dios te regaló. Vívela, gózala; que produzca frutos de vida y amor para ti y para los que te rodean. Eso es la felicidad.

Cuando Jesús estaba ya cerca de Jerusalén, dijo Jesús esta parábola, pues los que lo escuchaban creían que el Reino de Dios se iba a manifestar de un momento a otro. “Un hombre de una familia noble se fue a un país lejano para ser nombrado rey y volver después. Llamó a diez de sus servidores, les entregó una moneda de oro a cada uno y les dijo: «Comercien con ese dinero hasta que vuelva.» Pero sus compatriotas lo odiaban y mandaron detrás de él una delegación para que dijera: «No queremos que éste sea nuestro rey.» Cuando volvió, había sido nombrado rey. Mandó, pues, llamar a aquellos servidores a quienes les había entregado el dinero, para ver cuánto había ganado cada uno. Se presentó el primero y dijo: «Señor, tu moneda ha producido diez más.» Le contestó: «Está bien, servidor bueno; ya que fuiste fiel en cosas muy pequeñas, ahora te confío el gobierno de diez ciudades.» (...)

Llegó el tercero y dijo: «Señor, aquí tienes tu moneda. La he guardado envuelta en un pañuelo porque tuve miedo de ti. Yo sabía que eres un hombre muy exigente: reclamas lo que no has depositado y cosechas lo que no has sembrado.» Le contestó el rey: «Por tus propias palabras te juzgo, servidor inútil. Si tú sabías que soy un hombre exigente, que reclamo lo que no he depositado y cosecho lo que no he sembrado, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Así a mi regreso lo habría cobrado con los intereses.» Y dijo el rey a los presentes: «Quítenle la moneda y dónsela al que tiene diez.» «Pero, señor, le contestaron, ya tiene diez monedas.» Yo les digo que a todo el que produce se le dará más, pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene. (...)

Al acercarse Jesús a Jerusalén y ver la ciudad, lloró por ella, y dijo: “¡Si al menos en este día tú también conocieras los caminos de la paz! Pero son cosas que tus ojos no pueden ver todavía. Vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán de trincheras, te atacarán y te oprimirán por todos los lados. Te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has reconocido el tiempo ni la visita de tu Dios.”

Jerusalén, y por extensión el pueblo judío, habían equivocado el camino de la paz. En vez de incluir, de hacerse hermanos de todos los pueblos, de acentuar lo que une, habían elegido el camino de la exclusión, de sentirse diferentes y mejores que los demás. Ese camino los estaba llevando al suicidio, a la violencia. Jesús les había ofrecido el mensaje del Reino, capaz de superar todas las exclusiones y de reunir a todos los hombres en una sola familia en torno a Dios Padre. Su rechazo significaba la opción por la violencia asesina. Lo de Jesús no fue profecía en el sentido de adivinación misteriosa del futuro sino puro sentido común.

El Templo de Jerusalén atraía numerosos peregrinos y abundantes donaciones. En torno a él había un auténtico centro financiero que atendía las necesidades de los peregrinos. Templo y mercado, religión y negocios, se habían unido de maravilla. La acción de Jesús nos recuerda que intereses espúreos se pueden mezclar con la religión, con el culto a Dios. Y que ciertas purificaciones, aunque dolorosas, pueden ser necesarias. Lo que hizo Jesús entonces es necesario tenerlo muy presente también en nuestros días para que el Evangelio no se nos mezcle con cosas que no sólo no tienen que ver con él sino que traicionan su esencia.

Jesús entró en el recinto del Templo y comenzó a expulsar a los comerciantes que estaban allí actuando. Les declaró: "Dios dice en la Escritura: *Mi casa será casa de oración*. Pero ustedes la han convertido en un refugio de ladrones."

Jesús enseñaba todos los días en el Templo. Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley buscaban el modo de acabar con él, al igual que las autoridades de los judíos, pero no sabían qué hacer, pues todo el pueblo lo escuchaba y estaba pendiente de sus palabras.

Se acercaron a Jesús algunos saduceos. Esta gente niega que haya resurrección, y por eso le plantearon esta cuestión: "Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si un hombre tiene esposa y muere sin dejar hijos, el hermano del difunto debe tomar a la viuda para darle un hijo, que tomará la sucesión del difunto. Había, pues, siete hermanos. Se casó el primero y murió sin tener hijos. El segundo y el tercero se casaron después con la viuda. Y así los siete, pues todos murieron sin dejar hijos. Finalmente murió también la mujer. Si hay resurrección, ¿de cuál de ellos será esposa esta mujer, puesto que los siete la tuvieron?"

Jesús les respondió: "Los de este mundo se casan, hombres y mujeres, pero los que sean juzgados dignos de entrar en el otro mundo y de resucitar de entre los muertos, ya no toman marido ni esposa. Además ya no pueden morir, sino que son como ángeles. Son también hijos de Dios, por haber nacido de la resurrección.

En cuanto a saber si los muertos resucitan, el mismo Moisés lo dio a entender en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor: Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Él no es Dios de muertos, sino de vivos, y todos viven por él."

Intervinieron algunos maestros de la Ley, y le dijeron: "Maestro, has hablado bien." Pero en adelante no se atrevieron a hacerle más preguntas.

Una de nuestras limitaciones, y también motivo de gozo, es que nuestra capacidad de amar es limitada. Amamos y terminamos centrándonos en una o unas pocas personas. El Reino del que nos habla Jesús supera todas esas limitaciones. En el Reino nuestra capacidad de amar será ilimitada, nuestra capacidad de encuentro también. Por eso, la pregunta de los saduceos no tiene sentido. Lo único que hacen es proyectar una situación de este mundo en el futuro. Imaginan que todo será más o menos igual. Jesús va más allá. El Dios de la Vida hará plena la vida de hombres y mujeres. En el mundo futuro todo será nuevo, hasta nuestra capacidad de amar.

Hay muchos que miran con nostalgia unos tiempos pasados en que la religión era respetada por todos... unos tiempos que nadie sabe definir muy bien en que época histórica tuvieron lugar y.. Seamos honestos. Eso no existió nunca. Lo que sí hubo son tiempos en que la religión, aliada con el poder político, impuso sus normas. Pero eso no tiene nada que ver con el Evangelio. El Reino de Dios no se hace a través de leyes sino a través de la apertura del corazón a la gracia y el amor de Dios. El Reino no está necesariamente donde se cumplen las normas de la Iglesia sino donde se vive según la ley del amor.



29 5,1-3

Todas las tribus de Israel se congregaron en torno a David en Hebrón y le dijeron: "Somos de tus mismos huesos y de tu misma carne. Ya antes, cuando Saúl era todavía nuestro rey, tú eras el que conducía a Israel. Yavé bien te dijo: Tú serás el pastor de mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel". Todos los ancianos de Israel fueron a Hebrón a ver al rey y el rey David firmó con ellos una alianza en Hebrón en presencia de Yavé. Después de lo cual consagraron a David como rey de Israel.

Col 1,12-20

Den gracias al Padre que nos preparó para recibir nuestra parte en la herencia reservada a los santos en su reino de luz. Él nos arrancó del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino de su Hijo amado. En él nos encontramos liberados y perdonados. Él es la imagen del Dios invisible, y es el Primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, el universo visible y el invisible, Tronos, Gobiernos, Autoridades, Poderes... Todo fue creado por medio de él y para él. Él existía antes que todos, y todo tiene en él su consistencia. Yél es la cabeza del cuerpo, es decir, de la Iglesia, él que es el principio, el primer nacido de entre los muertos, para que estuviera en el primer lugar en todo. Así quiso Dios que "el todo" se encontrara en él y gracias a él fuera reconciliado con Dios, porque la sangre de su cruz ha restablecido la paz tanto sobre la tierra como en el mundo de arriba.

Lc 23,35-43

En aquel tiempo, la gente estaba allí mirando; los jefes se burlaban diciendo: "Si salvó a otros, que se salve a sí mismo, ya que es el Mesías de Dios, el Elegido." También los soldados se burlaban de él. Le ofrecieron vino agri dulce diciendo: "Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo." Porque había sobre la cruz un letrero que decía: "Este es el rey de los judíos."

Uno de los malhecheros que estaban crucificados con Jesús lo insultaba: "¿No eres tú el Mesías? ¡Sálvate a ti mismo y también a nosotros." Pero el otro lo reprendió diciendo: "¿No temes a Dios tú, que estás en el mismo suplicio? Nosotros lo hemos merecido y pagamos por lo que hemos hecho, pero éste no ha hecho nada malo." Y añadió: "Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino." Jesús le respondió: "En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso."

La viejecita hizo caso al corazón. No estaba para cálculos racionales. Si hubiera pensado, se habría dado cuenta de que: a) habría sido mejor que no dejase nada de limosna porque lo necesitaba para llegar a fin de mes; b) las necesidades del templo estaban bien cubiertas por los donativos de otros más ricos que ella; y c) había en la ciudad gente necesitada y organizaciones que se preocupaban de promover su desarrollo e integración sin caer en actitudes paternalistas. Pero la ancianita no pensó nada de eso; fue y echó todo lo que tenía. Porque sí. Por pura generosidad. Porque sabía lo que era amar y dar sin medida y confiar en Dios. ¿Quién da más?

Jesús levantó la mirada y vio a unos ricos que depositaban sus ofrendas en el arca del tesoro del Templo. Vio también a una viuda muy pobre que echaba dos moneditas. Entonces dijo: "En verdad les digo que esa viuda sin recursos ha echado más que todos ellos, porque todos éstos han dado de lo que les sobra, mientras que ella, no teniendo recursos, ha echado todo lo que tenía para vivir."

Como algunos estaban hablando del Templo, con sus hermosas piedras y los adornos que le habían sido regalados, Jesús les dijo: "Mirenlo bien, porque llegarán días en que todo eso será arrasado y no quedará piedra sobre piedra." Le preguntaron: "Maestro, ¿cuándo sucederá eso, y qué señales habrá antes de que ocurran esas cosas?"

Jesús contestó: "Estén sobre aviso y no se dejen engañar; porque muchos usurparán mi nombre y dirán: «Yo soy el Mesías, el tiempo está cerca.» No los sigan. No se asusten si oyen hablar de guerras y disturbios, porque estas cosas tienen que ocurrir primero, pero el fin no llegará tan de inmediato." Entonces Jesús les dijo: "Se levantará una nación contra otra y un reino contra otro. Habrá grandes terremotos, pestes y hambre en diversos lugares. Se verán también cosas espantosas y señales terribles en el cielo."

Tenemos tendencia a pensar que las cosas que hacemos van a durar para siempre. Nos resistimos a aceptar que el tiempo se lo llevará todo. Especialmente los monumentos, las grandes palabras y discursos, los imperios de mil años. Todo pasa irremisiblemente. El tiempo no perdona y deja en ridículo todas las pretensiones de eternidad que llevan consigo nuestros proyectos, nuestros discursos, nuestros sueños. Ni siquiera el Templo de Jerusalén duró para siempre. Ni el Vaticano durará para siempre. Más vale que vayamos poniendo nuestro corazón allá donde ni la polilla ni el tiempo puede corroerlo. ¿No es algo así lo que dice el evangelio?

No siempre los cristianos hemos sido odiados. Tampoco siempre que fuimos perseguidos ha sido por causa de Jesús.

La historia no está hecha de negros y blancos sino de grises. Las persecuciones no eran sólo por odio a nuestra religión.

Generalmente ha habido muchas otras razones entremezcladas. Y las políticas y económicas no eran las menos importantes. Tampoco cuando hemos sido amados por la sociedad ha sido por el nombre de Jesús. Por eso, tendríamos que pedir perdón por las muchas veces en que nosotros, los cristianos, hemos mezclado el nombre de Jesús con otras motivaciones económicas, políticas, culturales...

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Antes de que eso ocurra los tomarán a ustedes presos, los perseguirán, los entregarán a los tribunales judíos y los meterán en sus cárceles. Los harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre, y ésa será para ustedes la oportunidad de dar testimonio de mí.

Tengan bien presente que no deberán preocuparse entonces por su defensa. Pues yo mismo les daré palabras y sabiduría, y ninguno de sus opositores podrá resistir ni contradecirlos.

Ustedes serán entregados por sus padres, hermanos, parientes y amigos, y algunos de ustedes serán ajusticiados. Serán odiados por todos a causa de mi nombre. Con todo, ni un cabello de su cabeza se perderá. Manténganse firmes y se salvarán."

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando vean a Jerusalén rodeada por ejércitos, sepan que muy pronto será devastada. Los que estén en Judea, que huyan a los montes; los que estén dentro de la ciudad, que salgan y se alejen; y los que estén en los campos, que no vuelvan a la ciudad. Porque esos serán los días en que se rendirán cuentas, y se cumplirán todas las cosas que fueron anunciadas en la Escritura.

¡Pobres de las mujeres embarazadas o que estén criando en esos días! Porque una gran calamidad sobrevendrá al país y estallará sobre este pueblo la cólera de Dios. Morirán al filo de la espada, serán llevados prisioneros a todas las naciones y Jerusalén será pisoteada por las naciones hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.

Entonces habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, y por toda la tierra los pueblos estarán llenos de angustia, aterrados por el estruendo del mar embravecido. La gente se morirá de espanto con sólo pensar en lo que va a caer sobre la humanidad, porque las fuerzas del universo serán sacudidas. Y en ese preciso momento verán al Hijo del Hombre venir en la Nube, con gran poder e infinita gloria. Cuando se presenten los primeros signos, enderécense y levanten la cabeza, porque está cerca su liberación."

Jesús predice la destrucción de Jerusalén. Quizá Lucas recreó algunas palabras de Jesús a la vista de la destrucción que efectivamente tuvo lugar allí cuando en el año 70 fue conquistada y arrasada por las legiones romanas. Pero, más allá de los detalles truculentos, nos interesa la última frase del evangelio: "Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación." Eso no se lo pudo inventar Lucas. Con esa frase, Jesús nos dice que la figura de este mundo tiene que pasar y que Dios nos espera en el futuro. Pero lo que nos espera no es el castigo sino la liberación. ¿Cuándo lo terminaremos de creer?

Ap 20,1-4.11-21,2 Lc 21,29-33

Hay una seguridad en las palabras de Jesús que nos debería dar a los cristianos una mayor confianza. Todo puede pasar. Todo puede cambiar. Hasta el cielo y la tierra. Pero no sus palabras. Cuando Jesús dice que el Reino de Dios está entre nosotros, cuando afirma que el único mandamiento es el amor, cuando nos dice que hay que estar cerca de los necesitados, cuando dice que tenemos que abrir un hueco en la mesa porque todos y todas, sin excepción, son nuestros hermanos, todo eso va en serio. Todo eso se cumplirá. En nuestra mano está el acelerar su cumplimiento, el comenzar a hacerlo realidad aquí y ahora.

Jesús propuso esta comparación a sus discípulos: "Fíjense en la higuera y en los demás árboles. Cuando echan los primeros brotes, ustedes saben que el verano ya está cerca. Así también, apenas vean ustedes que suceden las cosas que les dije, sepan que el Reino de Dios está cerca. Yo les aseguro que no pasará esta generación hasta que todo eso suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán."

Ap 22,1-7 Lc 21,34-36

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuiden de ustedes mismos, no sea que la vida depravada, las borracheras o las preocupaciones de este mundo los vuelvan interiormente torpes y ese día caiga sobre ustedes de improviso, pues se cerrará como una trampa sobre todos los habitantes de la tierra. Por eso estén vigilando y orando en todo momento, para que se les conceda escapar de todo lo que debe suceder y estar de pie ante el Hijo del Hombre."

Jesús nos avisa lo que ya debíamos saber, lo que en realidad ya sabemos pero no nos gusta saber: que este mundo es pasajero, que ni la felicidad, ni el amor ni la vida son para siempre. Este día es el último del año litúrgico. Terminamos un ciclo y mañana comienza otro. Pero no nos engañemos. Nuestra vida no se repite. Lo que pasó no vuelve. Ni la Navidad ni la Pascua que vienen serán como las del año pasado. Estarán marcadas por otras alegrías y otros dolores. El año litúrgico no nos duerme en la repetición eterna de la historia sino que nos orienta hacia el encuentro con Cristo, el único que da sentido a nuestro caminar.

Estamos convencidos de que todo lo de este mundo seguirá funcionando con normalidad: el sol saldrá al amanecer, tomaremos el desayuno, iremos al trabajo, los niños al colegio, etc. Las noticias que anuncian catástrofes y cambios nos parecen siempre muy lejanas. Pero la verdad es que este mundo, nuestro mundo, necesita un cambio radical. No es que la venida de Jesús signifique la destrucción del mundo. Nada de eso. Dios no puede destruir su propia creación. Jesús es más bien el que nos abre los ojos para que veamos más allá de nuestro pequeño mundo. Para que nos demos cuenta de que nada malo puede suceder a los que viven en el Reino de Dios.



Is 2,1-5

Isaías, hijo de Amós, tuvo esta visión acerca de Judá y de Jerusalén. Al fin de los tiempos, el cerro de la Casa de Yavé será puesto sobre los altos montes y dominará los lugares más elevados. Irán a verlo todas las naciones y subirán hacia él muchos pueblos, diciendo: "Vengan, subamos al cerro de Yavé, a la Casa del Dios de Jacob, para que nos enseñe sus caminos y caminemos por sus sendas. Porque la enseñanza irradia de Sión, de Jerusalén sale la palabra de Yavé." Hará de árbitro entre las naciones y a los pueblos dará lecciones. Harán arados de sus espadas y sacarán hoces de sus lanzas. Una nación no levantará la espada contra otra y no se adiestrarán para la guerra. Pueblo de Jacob, ven: ¡caminemos a la luz de Yavé!

Comprendan en qué tiempo estamos, y que ya es hora de despertar. Nuestra salvación está ahora más cerca que cuando llegamos a la fe. La noche va muy avanzada y está cerca el día: dejemos, pues, las obras propias de la oscuridad y revistámonos de una coraza de luz. Comportémonos con decencia, como se hace de día: nada de banquetes y borracheras, nada de prostitución y vicios, nada de pleitos y envidias. Más bien revístanse del Señor Jesucristo, y no se dejen arrastrar por la carne para satisfacer sus deseos.

Rom 13,11-14

Mt 24,37-44

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "La venida del Hijo del Hombre recordará los tiempos de Noé. Unos pocos días antes del diluvio, la gente seguía comiendo y bebiendo, y se casaban hombres y mujeres, hasta el día en que Noé entró en el arca. No se dieron cuenta de nada hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos. Lo mismo sucederá con la venida del Hijo del Hombre: de dos hombres que estén juntos en el campo, uno será tomado, y el otro no; de dos mujeres que estén juntas moliendo trigo, una será tomada, y la otra no. Por eso estén despiertos, porque no saben en qué día vendrá su Señor. Fijense en esto: si un dueño de casa supiera a qué hora de la noche lo va a asaltar un ladrón, seguramente permanecería despierto para impedir el asalto a su casa."

El centurión expresa su fe desde su propia experiencia de vida. Es un militar, un oficial, y sabe lo que es mandar y obedecer. Desde ahí ve a Jesús como alguien que tiene poder. Pero el centurión sabe que su propio poder ha servido muchas veces para destruir. Hoy se vuelve a Jesús convencido de que el poder de éste sirve para salvar. Es una diferencia importante. De ahí brota la confianza que le hace decir a Jesús que no ha encontrado en Israel tanta fe. Al principio del Adviento nos conviene reavivar nuestra esperanza en Jesús. Él es el que viene. Él es nuestro salvador. ¿Qué esperamos que traiga a nuestras vidas?

Al entrar Jesús en Cafarnaún, se le acercó un capitán de la guardia, suplicándole: "Señor, mi muchacho está en cama, totalmente paralizado, y sufre terriblemente." Jesús le dijo: "Yo iré a sanarlo." El capitán contestó: "Señor, ¿quién soy yo para que entres en mi casa? Di no más una palabra y mi sirviente sanará. Pues yo, que no soy más que un capitán, tengo soldados a mis órdenes, y cuando le digo a uno: Vete, él se va; y si le digo a otro: Ven, él viene; y si ordeno a mi sirviente: Haz tal cosa, él la hace."

Jesús se quedó admirado al oír esto, y dijo a los que lo seguían: "Les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel con tanta fe. Yo se lo digo: vendrán muchos del oriente y del occidente para sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos."

Mientras Jesús caminaba a orillas del mar de Galilea, vio a dos hermanos: uno era Simón, llamado Pedro, y el otro Andrés. Eran pescadores y estaban echando la red al mar. Jesús los llamó: "Síguenme, y yo los haré pescadores de hombres." Al instante dejaron las redes y lo siguieron. Más adelante vio a otros dos hermanos: Santiago, hijo de Zebedeo, con su hermano Juan; estaban con su padre en la barca arreglando las redes. Jesús los llamó, y en seguida ellos dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

San Andrés era uno de aquellos pescadores de agua dulce. Una barca, unas redes y un trabajo agotador para ganar lo justo, para ir tirando. No daba para más el lago. Una vida sin muchos horizontes. Sin ambiciones, quizá. Hasta que pasó Jesús por allí. Algo les debió decir que los impulsó a dejarlo todo. Los hizo soñar por primera vez en su vida. Imaginar un mundo diferente. Más justo y más humano. Allí empezó una historia que llega hasta nuestro días. Hay muchos que siguen soñando y comprometiendo toda su vida para hacer un mundo más justo y más humano. Para que el reino de Dios sea una realidad. ¿No es un hermoso sueño?